

Introducción

¿Le ha llamado la atención el título de este libro? No es para menos. Puede que el asunto de los pedos de las mariposas no resulte demasiado atractivo, pero el título es impactante, eso no me lo negará. Claro que seguramente haya leído usted el subtítulo del libro; y quizás también la sinopsis. Así que ya sabrá que *¿Se tiran pedos las mariposas?* no trata exclusivamente sobre las ventosidades de estos insectos. Lo cual supone todo un alivio: serían demasiadas páginas para algo cuya respuesta puede resumirse en una o dos líneas.

Sabrán también que este es un libro de divulgación. Científica e histórica. Un libro que tiene un claro objetivo: entretenerle y divertirle, desentrañando para usted los entresijos de un museo de historia natural. Para ello, he optado por utilizar un particular hilo conductor: las anécdotas vividas por los guías voluntarios y los educadores del Museo Nacional de Ciencias Naturales (en adelante, MNCN). Y también las increíbles preguntas a las que deben responder en muchas ocasiones. Aunque algunas de las mismas tuvieron lugar durante visitas de adolescentes y adultos, la mayoría fueron protagonizadas por niños. No olvidemos que los chavales hacen gala de una facilidad asombrosa para formular preguntas capaces de poner en un brete al guía más curtido. Se trata de cuestiones que solo se les ocurren a ellos, a los niños, pero que tienen una lógica innegable. Así pues, ¿por qué no darles respuesta? Hacerlo nos permite sacar a la luz aspectos generalmente desconocidos sobre los secretos y entretelas de un museo como este, de las piezas que lo

componen, de las especies animales que pueblan sus salas y de las anécdotas que jalonan su historia.

La idea de escribir este libro surgió un buen día, tras la visita de un grupo de escolares en el madrileño MNCN, donde colaboro como guía voluntario. Aquel día, los niños habían participado con un entusiasmo contagioso, y me habían hecho algunas preguntas realmente curiosas para su edad. Al regresar a la recepción, mientras comentaba cómo había ido la visita (algo que hacemos habitualmente), uno de mis compañeros me respondió: «¡Pues si te cuento lo que me ha ocurrido a mí...!». Y pasó a relatarme una de las curiosas anécdotas que forman parte de este libro.

Aquello hizo que, unos días después, me viniera a la mente la idea de escribir un libro que utilizase como hilo conductor las anécdotas vividas por los voluntarios y los educadores del museo. «Si ya he escrito dos novelas, bien puedo aventurarme a escribir un libro de este tipo», me dije. «A fin de cuentas, siempre me han apasionado los libros de divulgación».

Cuando por fin compartí mi idea, fue acogida con enorme entusiasmo por todos. Desde los voluntarios hasta los educadores y responsables del museo, todos querían participar, aportar su granito de arena. Empezaron a escarbar en lo más profundo de sus recuerdos, dispuestos a recuperar cualquier anécdota simpática, cualquier pregunta increíble que les hubiesen planteado en los muchos años que llevaban desarrollando esta maravillosa y gratificante labor. Pronto me encontré con más de cien increíbles anécdotas y preguntas de todo tipo. Y con el conocimiento de todo el personal del museo a mi disposición: no solo de los voluntarios y los educadores, sino también de los responsables de las exposiciones, los conservadores, los encargados de las colecciones, archivos y fondos bibliográficos, los investigadores... Tenía ante mí una oportunidad que no podía desperdiciar. Porque siempre me ha fascinado «relatar». Ya lo hice durante mi vida profesional, formando a un buen número de personas en temas rela-

tivamente complejos. Y lo he hecho y sigo haciéndolo como escritor de ficción. Siendo guía voluntario en el MNCN, dar el salto a la no ficción, al libro de divulgación, era algo, hasta cierto punto, natural.

Para poder transmitir de forma satisfactoria tus conocimientos a otros necesitas, como mínimo, dos cualidades: conocer bien el tema y saber contarlo. De una manera sencilla pero rigurosa, intuitiva y amena a la vez. No hay nada peor que una disertación aburrida o difícil de comprender. Cuando cursaba mi segundo año universitario, en Santiago de Compostela, una de las asignaturas del currículo era Química Analítica. El aula en la que nos impartían las clases de esta asignatura rezumaba un característico olor a madera vieja. Las mesas, corridas, presentaban los inconfundibles agujeros que deja la carcoma. Esperábamos al señor catedrático en relativo silencio (era un hombre algo geniuado) hasta que se abría la puerta del aula, momento en que aquel silencio se convertía en monacal. Don Francisco cerraba la puerta, pulsaba un interruptor que encendía una luz en el exterior para indicar que a partir de entonces la entrada en el aula estaba prohibida, y se acercaba al atril situado delante del enorme encerado que cubría la pared. Disponía su libro encima del atril y lo abría por la página que traía marcada. Elevaba entonces la mirada un instante para contemplar a su congregación y, acto seguido, comenzaba a leer. *Su* libro. Un tratado de química analítica en dos volúmenes, en un papel que a mí se me antojaba de biblia. Inmenso, eterno. Siguiendo el ejemplo de cualquier libro de cocina, sus páginas estaban casi monopolizadas por auténticas recetas; en ellas se explicaban, paso a paso, las cantidades de cada compuesto involucrado y el proceso que seguir para averiguar la composición de una sustancia. Recetas que debíamos aprender de memoria. Ingrediente a ingrediente, gramo a gramo, mililitro a mililitro.

Una gripe invernal en plena semana de exámenes, sumada al repudio que me generaba aquel libro y al atasco cerebral e intestinal que me producía su lectura, me llevó a no presentarme al examen

final. A finales de verano, me trasladé a vivir a Madrid, donde continué con mis estudios de Ciencias Químicas en la Universidad Autónoma (UAM). Aún estaba en mi tercer año de carrera (de un total de cinco), pero me veía ya con la carrera terminada a falta de aquella maldita asignatura. Un auténtico muro de Berlín. Cuál no sería mi sorpresa cuando me encontré con que en la UAM no solo utilizaban otro libro, sino que el concepto de la asignatura era completamente diferente, orientado al uso de la lógica. Los profesores no se limitaban a recitar un texto como cotorras, y se preocupaban por que los alumnos comprendiésemos las explicaciones, haciendo que las clases resultasen incluso amenas (en ocasiones, tampoco nos pasemos). El resultado de aquel cambio fue que no solo aprobé con honores la asignatura en cuestión, sino que al año siguiente decidí cursar aquella especialidad. Si alguien me lo hubiera vaticinado un año antes, lo habría tildado de loco. Aquella experiencia me vacunó contra quienes, pese a tener unos conocimientos profundos e indiscutibles sobre una materia, desconocen el arte de la didáctica (e incluso ignoran intencionadamente su existencia). Y me enseñó que más importante aún que el *qué* es muchas veces el *cómo*.

Si a usted le gusta la naturaleza y ha soñado alguna vez con tener a su disposición un ejército de voluntariosos guías, científicos, investigadores e historiadores entregados, conducidos por un cicerone decidido a mostrarle de una manera entretenida e incluso divertida un museo de historia natural, sus aspectos más apasionantes, menos conocidos y curiosos, permítame decirle que está de enhorabuena. No tiene más que sentarse cómodamente y pasar a la siguiente página para conseguirlo.